

1866.

cribía, «noticias muy desagradables de Sinaloa y del departamento de Mazatlan. Las poblaciones de estas comarcas no saben darse cuenta de la causa que motiva la salida de las tropas francesas, ántes que cuerpos mejicanos bien organizados vayan á remplazarlas. Ellas ven con terror al general Corona, próximo á apoderarse de un solo golpe de todo el país que ántes nos estaba sometido. Su confianza está, por lo tanto, profundamente debilitada; y esta fatal medida nos hace perder en el espíritu público más que una derrota grande, pues parece indicar que el Gobierno mismo no tiene fé en el porvenir.»

»En otra carta de diecisiete de Diciembre de 1865 el Emperador indicaba al mariscal Bazaine la necesidad urgente de ocupar el puerto de La Paz, capital de la Baja California, para impedir que esta importante Península, que cierra el golfo ó mar de Cortés, fuese invadida por los filibusteros americanos, ó cayera en poder de los disidentes. El Comandante en jefe respondió al punto: «Me apresuro á contestar á la carta que me ha dirigido V. M., fechada este mismo dia, con motivo de la contrarrevolucion que acaba de estallar en La Paz, capital de la Baja California. Tan luégo como llegaron á mi conocimiento esos acontecimientos, dí orden al almirante Mazères, que manda la division naval de las costas del Pacífico, para que tomara una compañía francesa en Mazatlan, se dirigiera á La Paz y restableciese el orden.» *La compañía francesa no se ha presentado nunca en La Paz, y la Baja California permanece aún en poder de los enemigos del Imperio. El Mariscal mismo ha reconocido la verdad de los hechos, puesto que en Enero de 1866 anunció que la inaccion de sus tropas iba á cesar, y que bien pronto vería el Emperador que no era la cuestion militar la que debía en adelante preocuparle.* La realidad vino, por desgracia, á demos-

1866.

trar que esta promesa solemne sería tan vana como todas las demás.

»En diferentes épocas el Comandante en jefe ha pretendido explicar los resultados deplorables de su actitud, quejándose de algunas autoridades infieles. Estas reconvenções han hallado eco en la Memoria; mas será fácil demostrar su poco fundamento. El dos de Diciembre de 1865, el Emperador pedía al Mariscal notas de informes sobre todos los funcionarios mejicanos, y el seis de Enero de 1866 le decía: «Espero de V. á vuelta de correo los nombres de las autoridades que le parezcan desleales y deban destituirse, porque quiero poner á la disposicion de V. todos los medios que estén en mi poder: yo remplazaré esas autoridades con otras que le merezcan á V. confianza. Insiste V. en que se pague con regularidad á las tropas: sobre este punto es menester advertir que mi Gobierno ha hecho cuanto le ha sido posible; ha llegado hasta el extremo de dejar á un lado las obligaciones de los servicios civiles más necesarios, para consagrar exclusivamente todos sus recursos al ejército. El ejército sólo absorbe todas las rentas del Estado, y basta fijar la vista en las cuentas del ministerio de Hacienda para convencerse de ello.»

»El diez de Enero señaló el Comandante en jefe á tres funcionarios y al Ministerio, como no mereciendo su confianza. El Emperador le hizo saber dos dias despues su resolucion sobre este punto. «Esperando que el trabajo completo que me ofrece V. llegue á mis manos», decía S. M., «pongo en su conocimiento que las tres personas que cita V. han sido destituidas de sus cargos.» *El cinco de Marzo siguiente se varió el Ministerio.*

»Se ha vituperado tambien al Gobierno Imperial mejicano por no haber marchado exclusivamente con cier-

1866.

to partido, y por haber intentado una obra de conciliación. Pero qué, *¿se ignora, que esta política fué la aconsejada desde el principio por los mismos generales franceses?* El general Castagny escribía al Mariscal el treinta de Agosto de 1864: «Las poblaciones de la frontera del Norte son enérgicas, laboriosas, industriosas y liberales. Ellas aceptarán el Imperio sin dificultad, con tal que no se hieran demasiado duramente sus convicciones.» El Mariscal mismo decía á S. M., en una comunicación fechada el veintinueve de Diciembre de 1864: «Las tendencias clericales del general Mejía y del general López, y el espíritu generalmente liberal de las poblaciones de Nuevo-Leon y Tamaulipas, hacen necesario el nombramiento de funcionarios ilustrados que con su influencia puedan contrabalancear, si no dominar, la de los referidos comandantes militares.» Se ve, pues, que *por los consejos ó las insinuaciones de los jefes más autorizados del ejército francés, tuvo otros cómplices el Emperador en su línea de conducta política, además de las personas que le rodeaban*, y por lo cuál se le ha vituperado tan á menudo.

»Entre las otras culpas de que se ha creído que hay derecho para acusar al Gobierno Imperial mejicano, hay una de carácter más grave. Se ha dicho y se repite: *La Hacienda de Méjico está en desórden; el sistema de sus bases es defectuoso; los altos funcionarios y los empleados que tienen á su cargo la administración de los intereses del tesoro, carecen de suficiencia ó de probidad. Léjos de hacer un supremo esfuerzo para remediar el mal, el Emperador ha cerrado sus oídos á los mejores consejos, alejando sistemáticamente á los franceses que hubieran podido prestarle una cooperación eficaz.*

»Tal es la acusación. Veamos ahora los hechos. Si la situación de la Hacienda es mala, ¿cuándo ha sido buena? No lo era, por cierto, cuando se inauguró el Im-

1866.

perió, puesto que M. Budin, comisario extraordinario de Hacienda, escribía al nuevo Soberano, el once de Junio de 1864, lo siguiente: «*Los recursos han sido desde el principio muy limitados, y lo son todavía.* Los agentes del Gobierno anterior, huyendo ante la Intervención, se llevaron los archivos y todos los documentos de las oficinas de Hacienda, creyendo así crear graves dificultades á la administración organizada por el General en jefe. Lo mismo sucede en el interior: antes de proceder á la recaudación, los nuevos agentes se ven obligados á crear los títulos.» Pero *¿se habían establecido, á lo ménos, las bases de un plan de Hacienda que pudiera desarrollar los recursos del erario? No: se había vivido con el día.* En presencia de tal situación, la sorpresa del emperador Maximiliano fué extraordinaria, y se explicó francamente con M. Fould. «*Al llegar á Méjico*», le escribía el nueve de Agosto de 1864, «*creí que la intervención francesa lo habría dispuesto todo, para ponerme en estado de apreciar con exactitud la situación verdadera de la Hacienda, no quedando á mi cargo otro cuidado sino el de decretar los medios de hacerle frente y aplicar, con la inteligente cooperación de los funcionarios del departamento de usted puestos á mi disposición, el sistema francés modificado segun las exigencias y necesidades del país. Desgraciadamente no ha sucedido así: todo está por hacer.*» Se pasaron algunas semanas en andar á tientas; pero al fin M. Corta, diputado en el Cuerpo legislativo, vino á Méjico: su rectitud, su espíritu conciliador y sus profundos conocimientos en los negocios, persuadieron al Emperador de que había encontrado al hombre que buscaba para mejorar la Hacienda del país. Escribió, pues, al Duque de Morny, el nueve de Agosto de 1864, lo siguiente: «M. Corta me demuestra, en todas las circunstancias, sus relevantes cualidades administrativas en Hacien-

1866.

»da. Ha sabido captarse las simpatías de los mejicanos: »su cooperacion me es, pues, necesaria. Yo hubiera »querido confiarle inmediatamente la direccion oficial »del Ministerio de Hacienda; pero he encontrado resis- »tencia en este honorable diputado, fundada en la posi- »cion que ocupa en el parlamento francés. La solidaridad »de intereses que existe entre nuestros dos Gobiernos »me hace creer que no hay semejante incompatibili- »dad. La mision conferida á M. Corta no estará termi- »nada, sino cuando él pueda asegurar á sus colegas que »el país ofrece, con los recursos necesarios, garantías »de una organizacion de su Hacienda capaz de asegu- »rar su realizacion.»

»Es éste es lenguaje de un hombre ciego, que se obstina en sostener una resolucion determinada? Des- »pues del regreso á Francia del honorable M. Corta, vi- »no á Méjico M. Bonnefonds á hacerse cargo de la mi- »sion fiscal francesa. El emperador Maxiliano le ofreció, como á su predecesor, la cartera de Hacienda. Si M. de Bonnefonds se creyó en el deber de declinar su acepta- »cion, existe su negativa para dar testimonio de las in- »tenciones leales de S. M. Vamos á reproducirla. «Estoy »profundamente conmovido por la confianza que V. M. »me manifiesta sin conocerme; pero le suplico que me »permita decirle con respetuosa deferencia que, *en mi »ignorancia completa de los hombres y de las cosas de »este país, no puedo aceptar las ofertas seductoras que »se digna hacerme.*»

»No se desanimó el Emperador, y á sus instancias vino á Méjico el consejero de Estado M. Langlais. Con- »formes ambos en la manera de apreciar la situacion, un decreto imperial, promulgado el treinta de Setiembre de 1865, *invistió á M. Langlais de atribuciones más la- »tas que las que corresponden á los ministros, y casi dic- »tatoriales.* Todos los gastos fueron sometidos á su exá-

1866.

men, y tan luego como formuló su plan de reformas, fué »aceptado sin modificacion alguna, y sancionado por las »leyes y los decretos insertos en el periódico oficial del »doce de Febrero de 1866; y por último, despues de la »irreparable pérdida de este inminente hombre de Esta- »do, no desesperó aún S. M., y pidió á París un sucesor »que remplazara á M. Langlais. Su peticion no obtuvo »resultado.

»Hé aquí la exposicion sucinta y verídica de la con- »ducta seguida respecto de los agentes de Hacienda, y »de los hombres de Estado que Francia ha enviado a Mé- »jico. Añadiremos sólo una reflexion. No consiste todo »en tener un buen economista en su Consejo; es preciso »además que perturbaciones violentas no vengan á cada »paso á contrarestar sus combinaciones. *Es menester, so- »bre todo, que una guerra conducida con apatía y que se »prolonga, no venga á esterilizar á cada paso los esfuer- »zos del Gobierno é impedir el equilibrio entre los ingre- »sos y los gastos.*—El doce de Enero de 1866, decía el »Emperador al Comandante en jefe: «En cuánto á las »necesidades de las tropas nacionales que se encuen- »tran, en parte, desprovistas de vestuario y equipo, »nadie sufre tanto como yo moral y físicamente; por »desgracia, esta guerra interior absorbe, con su dura- »cion, todos los productos de las rentas. Estoy resuelto, »sin embargo, á hacer todos los sacrificios para coope- »rar á su terminacion, tan impacientemente esperada »por la opinion pública del país y la de Francia, y aca- »bo de dar órdenes para comprar armas y vestuarios »hasta el límite que permiten nuestros recursos.»

»Impútase al Gobierno Imperial mejicano el no ha- »ber apresurado la organizacion de un ejército nacional; »pero qué, ¿se ignora que el Comandante en jefe estaba »encargado de formarlo é investido de todos los poderes »necesarios al efecto? Por último, cuando su inaccion en

1866.

este punto se hizo evidente, el Emperador le escribió el cinco de Mayo de 1865 que confiaba al general Conde de Thun la organizacion de una brigada modelo, y que, en su consecuencia, era preciso reunir en Puebla los elementos y los cuadros de esta fuerza. Se reunieron en efecto; pero no habían recibido todavía los primeros rudimentos de su organizacion, cuando el Comandante en jefe los dispersó en tres distintas direcciones, para hacer frente á las eventualidades de la guerra. Cuando más tarde, el Ministro de la Guerra de S. M. el emperador Napoleon insistió cerca del Comandante en jefe, para que procediese á organizar tropas del país de un modo que fuera capaz de proteger los intereses franceses, despues de la salida del cuerpo expedicionario, el Comandante en jefe se determinó á empezar la obra, é informó de su propósito al emperador Maximiliano, quien le confirió poderes ilimitados para llevarla á feliz término. La siguiente carta del Mariscal, fechada el seis de Junio de 1866, es un testimonio irrecusable: «He recibido», decía, «la carta que V. M. me ha dirigido con fecha del tres de este mes, y por la cuál se digna investir de una autoridad absoluta para la organizacion de los batallones de Cazadores de Méjico y la reorganizacion del ejército mejicano, al General jefe de Estado Mayor y al Intendente en jefe del ejército. He comunicado al general d'Osmond y al intendente general Friant las intenciones de V. M., y tendré la honra de tenerle al corriente de los resultados que progresivamente se obtengan.»

»Los oficiales generales, cuyos nombres acabamos de citar, procedieron inmediatamente á desempeñar su comision con un celo y una inteligencia dignos del mayor elogio. Los oficiales y los soldados del ejército francés respondieron á su llamamiento, con una prontitud que justificaba las esperanzas concebidas sobre la in-

1866.

mediata formacion de los nuevos cuerpos. Ya había recibido su equipo y armamento cierto número de batallones de cazadores, cuando llegó la fatal noticia de que se retiraba el subsidio, que el Mariscal y el Señor Ministro plenipotenciario de Francia habían concedido provisionalmente, considerándolo como absolutamente indispensable. No es posible disimular que la conservacion de este subsidio hasta fines de 1867, es la única garantía para la constitucion del ejército mejicano, que, por confesion de cuantos habitan el país, es la sola fuerza capaz de proteger los intereses, hoy gravemente amenazados, de los extranjeros, y que cualquiera otra solución pondrá en peligro no sólo sus intereses, sino hasta su existencia misma, ligada íntimamente á la del Imperio mejicano...»

Aunque con haber puesto de letra cursiva muchas de las frases del importante documento que precede, fijarán su atencion en ellas mis lectores, no puedo dejar de llamársela particularmente, hácia lo que costaron los trasportes de las columnas francesas de Méjico á Michoacan, Monterey y Chihuahua; columnas de dos á tres mil hombres: ¡dieciseis millones de francos! Debe suponerse que todos los oficiales, los soldados, los tambores y los cornetas iban en coche. Tambien la llamo á lo que decía el Emperador, porque se le vituperaba por no haber marchado exclusivamente con cierto partido (el conservador), cuando la política que él había adoptado fué la aconsejada desde el principio por los mismos generales franceses. S. M. podía haber añadido que fué la política que se le aconsejó en Tullerías, tan funesta para Méjico, y que S. M. aceptó porque servía á sus proyectos ambiciosos.

Respecto de haber ido M. Langlais á Méjico á instancias del Emperador, recordaré á mis lectores lo que dijo S. M. en carta de diez de Agosto de 1865,

1866.

Lo que falsamente se ha escrito sobre la locura de la Emperatriz.—La verdad sobre el asunto.

citada en la página 336 del tomo tercero: no fué, pues, M. Langlais, sino á petición de la Emperatriz.

Fué muy larga y violenta la discusión entre la Emperatriz y Napoleon, y desde aquel día dió algunas muestras del extravío de su razón la Soberana de Méjico: sin duda estaba ya afectada, desde el momento en que S. M. leyó el despacho de M. Drouyn de Lhuys, que la hizo tomar la resolución de ir á París. Los enemigos del Padre Santo; el autor del folleto *La Cour de Rome et l'empereur Maximilien* á que contestó el autor de esta Obra en París y en francés, y el abate Domech de quien me he ocupado ántes, han escrito que á «consecuencia de una larga conferencia con el Padre Santo, dió pruebas evidentes S. M. de un trastorno en su bella y noble inteligencia;» lo cuál es enteramente falso, pues es bien sabido que ántes de llegar á Roma la Emperatriz, había ya indicios de su cruel enfermedad, y que cuando fué recibida en el Vaticano, Su Santidad estaba prevenido y recibió tan tiernamente á la augusta Enferma, que S. M., cuando en medio de su delirio creía que todos la querían envenenar, no tenía confianza más *que en aquel hombre tan bueno*, decía S. M., no queriendo abandonar el Vaticano. Esta es la verdad, y la confirma el siguiente documento:

«Acerca de otro suceso que no deja de tener importancia, aunque sea muy secundaria comparada con la inmensa cuestión de que acabo de hablar,» dijo á S. M. Doña Isabel segunda en una carta, uno de los hombres más distinguidos entre los que han figurado en España, «he procurado reunir todos los pormenores que me ha sido posible y he redactado los adjuntos apuntes que no dudo excitarán la compasión de V. M. La relación de los hechos sobre la enfermedad de la infortunada Emperatriz de Méjico es exactísima, porque se la he oído á personas de la comitiva imperial, entre ellos el

1866.

Conde del Valle, viudo de la inolvidable Tula Enriquez. Además de lo que esta desgracia interese por la elevada posición de la augusta Señora, á V. M. y á todos los españoles nos ha de interesar más particularmente, porque acaso precipite una catástrofe en el Imperio mejicano cuya suerte no es posible que miremos jamás con indiferencia.

»Réstame sólo pedir á V. M. y á su augusto Esposo que continúen dispensándome su benevolencia, como pido á Dios también que conserve su vida y la de sus excelsos hijos, en medio de todas las felicidades posibles.—Roma 10 de Octubre de 1866.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—*El Conde de San Luis.*»

*Relacion que se cita en la carta.*

»La Emperatriz, que ya en Bolzano había tenido ideas extravagantes delante de su médico y de sus camaristas, ha perdido el juicio! El 27 de Setiembre se presentó oficialmente al Padre Santo, y entró diciéndole: «Estoy envenenada y ahí afuera están los que me »han envenenado por orden de Napoleon.» Así comenzó, y toda la conversacion, que duró hora y media, versó sobre esa idea. S. S. le pagó la visita el 29, y la conversacion que tuvo con él fué en el mismo sentido; pero ni el médico que vino de Méjico, que la veía constantemente, ni la Señora Kuchachevich que hace ocho años la acompaña, ni sus camaristas habían observado en ella nada de locura: ideas raras, sí, y grandes caprichos, pero esos siempre los había tenido.

»El 1.º de Octubre, viendo ya el médico cosas que le probaban el mal estado de su razón, le prohibió que saliera; pero ella lo cogió de un brazo, lo retiró á un lado y se fué al Vaticano con una camarista y el Cham-

1866.

belan Datti, que había sido puesto por el Padre Santo á sus órdenes. A la camarista la mandó llamar por el Conde del Valle, y ésta quedó sorprendida pues la Emperatriz hasta el día 1.º no hizo nada que pudiera hacer sospechar su estado. Desde ese día se perdió enteramente la etiqueta. El secreto lo supo, pues, sólo el Padre Santo hasta el día 1.º que ella lo hizo público con ir á quedarse á dormir al Vaticano.

»Fué, como digo, en la mañana y se quedó todo el día, no queriendo separarse ni un solo momento de la persona del Padre Santo, y comiendo en su mismo plato, porque sólo en Él tenía confianza. A las seis de la tarde, viendo que quería pasar la noche allí y con objeto de evitar el escándalo que ésto causaría, hizo S. S. un esfuerzo para convencerla de que debía volver al hotel y de que su mismo médico la acompañaría. La Emperatriz dijo que vendría con tal que sus envenenadores, la Señora Kuchachevich, el Dr. Boklushlabech y el Conde del Valle, salieran del hotel y fuesen juzgados y decapitados. El cardenal Antonelli llamó á Velázquez de Leon, le dijo lo que pasaba y que, visto el estado mental de la Emperatriz y que la opinion del medico de S. S. (Dr. Biale) era que se le diera gusto en todo, y que sería un escándalo que la Emperatriz y su dama se quedasen en el Vaticano, hiciera de modo que esas personas que ella denunciaba como á sus envenenadores, se saliesen del hotel ó se escondiesen para que no las viera al entrar. Vino al hotel Velázquez, y su relacion fué la primer noticia que la familia de la Emperatriz tuvo del estado de ésta. El Doctor contó entónces lo ocurrido por la mañana y las ideas de Bolzano (que eran las mismas emitidas al Papa), y dió parte oficial de que la Emperatriz estaba loca, monomaniática.

»Se encerraron en sus cuartos Kuchachevich, el

1866.

Doctor y el Conde del Valle. Se escribió su salida en el libro del hotel, y Velázquez fué á avisar al cardenal Antonelli. La Emperatriz vino con una camarista; en nada se le conocía su enfermedad, tanto, que la camarista que había permanecido en la antecámara del Papa con el chambelan Datti y una porcion de monseñores que la acompañaron, nada sabían, quedando muy sorprendida de lo que se le refirió. La Emperatriz se dirigió á sus habitaciones encontrándolas cerradas y quitadas las llaves; llamó al Director del hotel, le increpó duramente y le hizo devolver las llaves que tenía el Dr. Boklushlabech, el cuál las había quitado, y formado el plan, de acuerdo con la Señora Kuchachevich y Radonez, de encerrar á la Emperatriz cuando volviera del Vaticano, opiarla y llevársela opiada á Miramar. Este plan era disparatado, y Dios permitió que no lo verificaran.

»La Emperatriz, luégo que se hizo devolver las llaves, salió con una camarista y el chambelan Datti, diciendo al cochero «á la plaza del pueblo,» y en el camino «al Vaticano.» Radonez y otro servidor siguieron al coche á petición del chambelan Datti. Llegaron al Vaticano. La Emperatriz se dirigió á la habitacion de Monseñor Borromeo, gran chambelan de Su Santidad, y le dijo que en el hotel trataban de encerrarla, y que, aprovechando la buena disposicion de Su Santidad, se iba á quedar en el Vaticano hasta que llegara su hermano el Conde de Flandes. A Monseñor Borromeo añadió que quería dormir cerca de Su Santidad. Haciéndole reflexiones Monseñor Borromeo sobre la imposibilidad de acceder á este deseo, le ofreció darle una habitacion debajo de la de Su Santidad y despues de alguna discusion, admitió la Emperatriz. Se levantó Monseñor Borromeo para dar las órdenes de arreglar esa pieza y otras contiguas para la camarista; la Em-